

Marzo 20



Misa en la casa de la Sagrada Familia

## Homilía del Nuncio Apostólico en Israel Su Excelencia Mons. Leopoldo Girelli

---

Queridos amigos, hemos venido a Nazaret pensando en todos y cada uno de ustedes. Juntos entramos a la escuela de San José, precisamente aquí, donde él acompañó los años de la vida oculta de Jesús. Como es bien conocido de todos ustedes, el papa Francisco ha querido consagrar a San José el año en curso. Los Papas todos han compartido una profunda devoción por el esposo de María. Y aunque ninguno de ellos ha elegido como nombre pontificio el de "José", es verdad que al menos cuatro en el último siglo tuvieron este nombre de pila: José Sarto (San Pío Décimo) (Pío X), Ángel José Roncalli (San Juan Veintitrés) (Juan XXIII), Carlos José Wojtyła (San Juan Pablo Segundo) (Juan Pablo II) y José Ratzinger (Benedicto Dieciséis) (Benedicto XVI). Así mismo, todos los papas de los últimos dos siglos han realizado algún acto especial para honrar su memoria. Permítanme recordarlos brevemente.

1. El ocho de diciembre de mil ochocientos setenta (8 diciembre 1870) -hace ciento cincuenta años (150 años)- el Papa Pío Nono (Pío IX) lo proclamó patrono de la Iglesia universal. El Papa León Trece (León XIII) en mil ochocientos ochenta y nueve (1889) le dedicó la encíclica *Quamquam pluries*, recomendando la devoción hacia él y entregando a la iglesia la famosa oración "A ti, bienaventurado José..." que debía recitarse al final del santo Rosario. Su sucesor, San Pío Décimo (San Pío X), cuyo nombre era José Sarto, promovió activamente su devoción, en particular acompañar a los agonizantes. Fue él quien aprobó las letanías y las hizo inscribir en los libros litúrgicos (en mil novecientos nueve) (1909). Benedicto Quince (Benedicto XV) quiso que todos los miércoles del año fueran consagrados particularmente a su memoria. Pío Once (Pío XI) llegó a decir que su singular misión es en cierto sentido más importante que aquella de San Juan Bautista o de San Pedro (alocución del diez y nueve de marzo de mil novecientos veintiocho) (19 de marzo de 1928). También Pío Doce (Pío XII) alimentaba una especial devoción a San José: cuando, durante la Segunda Guerra Mundial, en las despensas vaticanas los bienes escaseaban, él solía decir: "San José proveerá a llenarlos", y así sucedía puntualmente. Fue él, además, quien instituyó la fiesta de San José Obrero el primero de mayo, proclamándolo patrono de los trabajadores en mil novecientos cincuenta y cinco (1955).

La devoción de san Juan Veintitrés (San Juan XXIII) a San José era proverbial. Una vez confesó que hubiera querido llamarse "Papa José", pero que había renunciado a este deseo porque «*eso no era costumbre entre los Papas...*». No obstante esto, confió el Concilio Vaticano Segundo a la protección de san José e introdujo la mención de su nombre en el canon romano, junto a la memoria de la Virgen María.

San Pablo Sexto (San Pablo VI) expresó, en numerosas circunstancias, su admiración personal por el custodio del Redentor. En una famosa homilía sobre la vida oculta de la Familia de Nazaret, pronunciada precisamente aquí el cinco de enero de mil novecientos sesenta y cuatro (5 de enero de 1964), lo definió "el fuerte y dulce esposo" de la Santísima Virgen. E imploró, por intercesión

conjunta de los dos, el don de ser "admitidos a la intimidad con Jesús", intimidad de la que esta iglesia es celebración y testimonio.

La veneración de San Juan Pablo Segundo (San Juan Pablo II) hacia San José es superada únicamente por su devoción mariana. La encíclica *Redemptoris custos* (del quince de agosto de mil novecientos ochenta y nueve) es una obra maestra de espiritualidad y exhorta a los cristianos a "tener siempre ante los ojos la *"manera humilde y madura de servir"* de San José (n. 1).

El Papa Francisco, casi al inicio de su pontificado, el primero de mayo del año dos mil trece, recogiendo una intención del Papa Benedicto Dieciséis dispuso que el nombre de San José se mencionara en todas las plegarias eucarísticas; es decir, en toda celebración de la Eucaristía.

Finalmente, el mismo Papa Francisco, en el encuentro con las familias en Manila, el dieciséis de enero de dos mil quince (16 de enero 2015), declaró: «Yo amo mucho a San José, porque es un hombre fuerte y silencioso. Encima de mi escritorio tengo una imagen de San José dormido, y cuando tengo un problema o dificultad yo escribo una nota en un pedazo de papel y la pongo bajo la estatua de San José para que Él pueda soñarlo. Este gesto significa: *¡ruega por este problema!*" A su amor hacia San José debemos la carta apostólica *Patris corde* (ocho de diciembre de dos mil veinte), con la cual ha proclamado el año dedicado a San José, que ahora estamos celebrando.

2. Personalmente, tengo una devoción muy particular a San José porque recibí el sacramento del bautismo seis (6) días después de mi nacimiento, precisamente en esta solemnidad litúrgica. Nací en el Norte de Italia en una familia modesta, pero rica en fe.

El día de mi nacimiento coincidió con el funeral del anciano párroco que había dirigido nuestra parroquia durante cincuenta y tres (53) años. Fue muy estimado y querido por los feligreses y los mayores aún lo recuerdan con cariño y gratitud. Mi abuela tenía colgado en la pared de la cocina un crucifijo que el párroco fallecido había entregado a todas las familias cuando regresó de una peregrinación a Tierra Santa, realizada a principios de los años treinta (30). Había visitado los lugares mencionados en el Evangelio llevando en su corazón a cada uno de sus feligreses. Para mi abuela, ese crucifijo era el signo de Tierra Santa y el recuerdo de esa peregrinación realizada por el párroco, en nombre de toda la comunidad.

Al enterarse de la noticia de mi nacimiento, los feligreses, acabando el funeral del anciano párroco, acudieron en gran número a mis padres para pedirles que me pusieran su nombre: Leopoldo. Y así fue. No solo heredé el nombre, sino también el ministerio sacerdotal e incluso ser un peregrino como él en Tierra Santa: más aún, ser aquí el representante del Santo Padre. Hoy me siento especialmente feliz de estar en la casa de San José y, recordando el día de mi bautismo, venerarlo y agradecerle como patrón de mi camino de fe. También agradezco al padre Juan su invitación a celebrar la Eucaristía para ustedes, que me ven y escuchan de lejos, pero que están en mi corazón en esta celebración litúrgica en memoria a San José.

3. La veneración a san José tiene raíces antiguas. La tradición cristiana ha visto una prefiguración de San José en el patriarca José, el hijo predilecto de Jacob, cuya suerte está narrada en el libro del Génesis. Como el patriarca, también San José tenía el don de interpretar la voluntad de Dios a través de sus sueños. Como el patriarca, que se resistió firmemente a los halagos de la esposa

del faraón, conservó la virtud de la perfecta castidad. Como el patriarca, supo afrontar con serenidad numerosas desgracias y vicisitudes, saliendo de ellas siempre fortalecido y victorioso. Como el patriarca, también él fue un administrador fiel y sabio, capaz de garantizar la prosperidad de su familia y protegerla de cualquier amenaza. Como el patriarca, finalmente, también él tuvo un corazón bueno y sensible, generoso con todos.

*"Ite ad Ioseph" – "Id a José y haced lo que él os diga"* (Gen 41,55): son las palabras con las que el faraón había exhortado al pueblo egipcio a obedecer las indicaciones de José para afrontar los años de hambruna. La tradición ha adaptado estas palabras y las ha aplicado también al esposo de María, exhortando así al pueblo cristiano a confiar en su sabia y poderosa intercesión. Más de una vez, la inscripción *"Ite ad Ioseph"* se encontraba debajo de las estatuas de San José: el texto bíblico se refería al patriarca, pero la Iglesia leía en ello una profecía del esposo de María. Y ciertamente no es casualidad que María, en Caná, repitiera *"haced lo que él os diga"* a los sirvientes que estaban en apuros por falta de vino, aplicándolas a Jesús (Jn 2, 5).

Incluso la figura del sueño encaja perfectamente con ambos *"José"*. La imagen de San José durmiendo, muy difundida en el mundo latinoamericano, y también presente en el escritorio del Papa, lo retrata como quien, al escuchar la voz de Dios en un sueño, encuentra la solución en las angustias existenciales... San José sueña, porque encuentra tiempo para dormir, libre del frenesí del activismo. Y, sin embargo, sabe despertarse y actuar, porque no vive en el mundo de los sueños. Un "hombre de sueños, con los pies bien plantados en la tierra", como ha recordado varias veces el Papa Francisco. Los sueños de José patriarca y los de José esposo de María se tejen, para realizar el único sueño de Dios, es decir, la salvación del hombre.

4. Los Evangelios son parcos de información sobre San José; de los cuatro, es sobre todo Mateo quien nos revela su figura. De él, por ejemplo, sabemos que tenía el oficio de carpintero o, como quizás sería mejor traducir la palabra griega original *tèkton*, "artesano", "maestro de obras" o incluso "arquitecto". Pues la casa que supo construir perfectamente, y de la que hablaba la primera lectura, es el hogar: la Sagrada Familia.

Celebrar la Solemnidad de San José, especialmente aquí en Nazaret, significa primeramente recordar su papel de esposo y padre de la Sagrada Familia. La personalidad de Jesús, tal como nos la presenta el Evangelio, es la de un hombre extraordinariamente equilibrado y transparente en todos sus sentimientos porque está totalmente inmerso *"en las cosas de su Padre"*. Pero atención: todo esto es debido también a sus padres terrenos. Las ciencias humanas enseñan que los años transcurridos en familia son los más decisivos para la formación equilibrada de la persona. Jesús conoció, dentro del hogar, sólo la santidad, el amor, el cuidado, la entrega, el espíritu de sacrificio de José y María. Si Jesús nos enseñó a rezar a Dios Padre celestial llamándolo *"Abbà"*, se lo debemos en parte a la dulzura que sintía cuando, de niño, llamaba "papá" a su padre terrenal.

Con razón una inmemorial tradición local de Nazaret identifica la así llamada *"Tumba del Justo"* con la tumba de san José.

5. Sobre la base de su propia experiencia, José pudo enseñar a Jesús, más que cualquier otra cosa, la obediencia a la voluntad de Dios, incluso cuando se manifiesta en eventos no elegidos por nosotros. Como la Virgen María respondiendo al ángel, también José consintió a la voluntad divina. Su profunda fe ve la mano de Dios en todo lo que sucede. Por tanto, no conoce la rebelión,

sino sólo mansedumbre y confianza. Nos desagrada cuando otros deciden por nosotros y nos enfrentan al "*hecho consumado*". También aquí José es nuestro maestro: su humildad le permite obedecer con prontitud y docilidad.

Esta madurez en la fe se perfecciona en la madurez del amor. San José vivió su vida en un silencio alegre y amoroso. Para el Papa Francisco, "la felicidad de José no está en la lógica del auto sacrificio, sino en el don de sí mismo" (*Patris corde*, n. 7), ya que el amor de José es "humilde y maduro", como ya recordaba San Juan Pablo Segundo (*Redemptoris custos*, n. 1, antes citado). En él, la alegría de darse a sí mismo sobrepasa abundantemente el esfuerzo del sacrificio. Es el rostro del amor paterno el que nos da seguridad.

6. Solo una palabra sobre las dos lecturas de la liturgia de esta fiesta, pues tienen mucho que ver con la peregrinación que muchos de ustedes han estado haciendo esta cuaresma de la Mano de Abraham: la primera lectura nos habla de David, de cuyo linaje tendría que nacer el Mesías; en la segunda, San Pablo nos presenta la fe de Abraham. Estas dos figuras eminentes en la historia de la salvación proyectan luz sobre la obediencia en la fe de San José.

7. Ante tanta santidad, sólo hay que pedir el don de imitar sus ejemplos y, sobre todo, invocar su intercesión. Aquí quiero encomendar a San José todas las familias que no conocen la armonía de la Sagrada Familia de Nazaret, lastimadas quizá por la indiferencia o, peor aún, por la violencia. Que él, el guardián de María y de Jesús, proteja a todas las mujeres que experimentan la humillación de abuso doméstico y a todos los niños abandonados a sí mismos. A él encomendamos todas las familias que sufren. Le presentamos a todas las personas que se encuentran en situaciones irreversibles y dramáticas, para que busquen vivirlas en la "voluntad de Dios". Encomendamos a su patrocinio a aquellos trabajadores que, a causa de la pandemia, han perdido la fuente de sustento para sí mismos y para sus seres queridos. A todos y a cada uno los llevamos en el corazón, y desde Nazaret los encomendamos a la intercesión de la Santísima Virgen María y de su castísimo esposo, San José.